



LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA



REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPÚBLICAS
SUD-AMERICANAS

HIGIENE del TOCADOR



Para conservar una sólida dentadura y mantener sana la boca, afirmar las encías y fortificar el cabello; así como para las abluciones higiénicas de las señoras, para el aseo de los niños de pecho, etc., está recomendado el uso del

Coaltar Saponiné Le Beuf

el cual posee las propiedades antisépticas y deterativas **INDISPENSABLES** que deben reunir los productos destinados a usos semejantes; a estas cualidades debe el coaltar su admisión en los Hospitales de París.

EN LAS FARMACIAS

Desconfíese de las imitaciones a que sus éxitos han dado origen.



Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO
FACILITA LA SALIDA de los DIENTES
y previene todos los accidentes de la primera Dentición.
Establecimientos FUMOUZE, 78, Faubourg Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

Estreñimiento
SUPOSITORIOS CHAUMEL
Infalibles; efecto producido en media hora.
Exíbase la Marca triangular en la cubierta de papel.
Establecimientos FUMOUZE, 78, Faubourg Saint-Denis, PARIS

HIERRO QUEVENNE Cura: **ANEMIA**
CLOROSIS **DEBILIDAD**
Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS. — El más activo y económico, el único Hierro INALTERABLE en los países cálidos. Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris.

CATARROS
antiguos y recientes
TOSES, BRONQUITIS
CURADOS radicalmente
POR LA
SOLUCIÓN
PAUTAUBERGE
que procura
PULMONES ROBUSTOS
y preserva de la
TUBERCULOSIS
L. PAUTAUBERGE
COURBOVOIE-PARIS

ASMATICOS
El MEJOR TRATAMIENTO del ASMA es el
LICOR DE LA ESTRELLA
(LIQUEUR DE L'ETOILE)
de MARIO LECHAUX
40, Rue de Mauberge, Paris.
Al cabo de cinco dias se puede acostarse y dormir toda la noche.
SE VENDE en todas las BUENAS FARMACIAS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.
Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

le
Lilas
DE
RIGAUD



V RIGAUD
16 RUE
DE LA PAIX
PARIS

ILLUSTRATION

De Venta en todas las Perfumerías.

LINO-TARIN
NATURAL — HIGIENICO

Procura: Frescura,
Belleza — Salud
Alegria.

Cura:

ESTREÑIMIENTO
ENTERITIS
OBESIDAD
Enfermedades del HIGADO
Indispensable durante
los fuertes calores.
Todas Farmacias y 73 Rue S^{te} Anne PARIS

EXTRACTO MALTA-QUILMES

Pídase en todos los Bars, Confiterías y Almacenes

Probarlo

**es adoptarlo
para siempre**



Unica Cerveceria que ha obtenido
El Gran Premio

La más alta recompensa en la Ex-
posición de San Francisco

PRECIO POR CAJON DE 24 BOTELLAS

\$ 14.==

El más puro, sano é higiénico

ANALISIS Nº 70800

El **EXTRACTO DE MALTA QUILMES** es un producto de densidad elevada con poco alcohol, rico en extracto, en materias azoadas, maltosa y ácido fosfórico Ph²⁰. Las relaciones de sus componentes son normales, su color es natural y no contiene sustancias conservadoras.

Puede clasificarse, por consiguiente, como apto para la alimentación.

Dr. Fco. P. LAVALLE
QUIMICO

CERVECERIA ARGENTINA QUILMES

SOCIEDAD ANÓNIMA

Escritorio Central: **BRAZIL 731**

U. Telef. 47 y 49, Buen Orden

Coop. Telef. 200 y 300, Sud

LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XXIV.—NÚM. 553

BUENOS AIRES, 15 DE ENERO DE 1916

DIRECTOR-PROPIETARIO
MIGUEL A. PICHOT



PÁGINAS ARTÍSTICAS.—IDILIO

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

... DIRECCION y ADMINISTRACION ...
 ... Buenos Aires: Sarmiento 657 ...

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
 REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

Teléfonos:
 Unión 1367, Avenida—Cooperativa 4058, Central
 Casilla Correo N° 602
 Dirección Telegráfica: "ILUSTRACION"

AGENCIAS PRINCIPALES

BRASIL: Rio Janeiro y San Pablo.—URUGUAY: Montevideo.—PARAGUAY: Asunción.—CHILE: Santiago y Valparaíso.—PERU: Lima.—BOLIVIA: La Paz.—VENEZUELA: Caracas.—ECUADOR: Quito y Guayaquil.—COLOMBIA: Bogotá.

La correspondencia envíese á nombre del Director

PRECIOS DE SUSCRIPCION

As. Aires Año \$ 18.— semestre 9.— trimestre 5.—
 Interior... \$ 20.— 10.— 5.50
 Exterior... \$ 30.— 15.— 8.—

Subscripción especial para "Profesionales" á \$ por mes
 Número suelto 1 \$—Número atrasado \$ 2 y 4

Para informes, precios de subscripción y tarifas de anuncios de esta revista en el Brasil, dirigirse á

AGENCIA AMERICANA
 128, Avenida Rio Branco—Rio

AÑO XXIV BUENOS AIRES, 15 DE ENERO DE 1916 N.º 553

FILOSOFÍCULAS

(Para LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA)

La vida no le da al hombre todo lo que espera de ella, ni dejar de hacerle sufrir lo que de ella no espera.

El dinero es vil cuando se hace de él un uso vil.

Siempre nos parecen grandes nuestras pequeñas cualidades y pequeños nuestros grandes defectos.

Es tan difícil ocultar el amor cuando se siente, como difícil ocultar la indiferencia cuando no se siente el amor.

Nunca somos merecedores de la ingratitud de que somos víctimas.

Todo lo malo que los ingratos y maldicientes pueden antojársele decir de las personas que les han hecho un bien, no es nada comparado á todo lo que se les puede decir con justicia respecto á su vil conducta. Pero es preferible despreciarlos.

La limosna es contraproducente. No amonora la miseria. Por el contrario la aumenta.

Difícilmente un rico consigue hacerse perdonar de que es rico.

Un pobre puede tener la ilusión de que lo amen por desinterés. Pero á un rico no le queda ni ese consuelo.

Analizar la belleza es deshojar uno á uno los pétalos de su poesía.

La arquitectura del cuerpo femenino pertenece al orden dionisiaco del amor.

Los vicios, como las virtudes, pueden ser criticados, pero casi nunca destruidos.

En el amor hay que ver y en la amistad hay que mirar.

La castidad tiene aberraciones que la lujuria más desenfrenada desconoce.

El amor propio nos pone miopes y el Amor nos pone ciegos.

La mujer no debe ser más que mujer: es decir, no ser deportwomem ni erudita. No cultivar, exclusivamente, ni aún conjuntamente el espíritu de la fuerza ni la fuerza del espíritu. Esto está reservado á los hombres.

No hay error más grande que decir: «¿Qué nos reserva el porvenir?...» En efecto: los acontecimientos de la vida se realizan hora por hora, día por día. El porvenir no nos reserva nada. Se realizarán muchos sucesos, pero ningún suceso está previsto.

El último amigo y la última mujer que conocemos nos dejan encantados y exclamamos: «¿Este es el verdadero!...» «¿Esta es la verdadera! ¡La única!» Después nos desilusionamos. Y así pasamos de una ilusión á otra ilusión y de un desengaño á otro desengaño.

La diferencia que hay entre el precio y el valor de un hombre ó de una cosa, consiste en que el *precio* se refiere al valor que se le da y el *valor* al precio que verdaderamente tiene.

Cuando un hombre sufre por tres veces desengaños crueles en la conquista del Amor, se opera en él las siguientes transformaciones de dolor: En el primer desengaño se rebela, en el segundo se resigna y desde el tercer desengaño ya todo le es indiferente...

Siempre se es más dichoso por el deseo de una cosa que dichoso por la posesión de la misma. Por eso es tan grata la Esperanza.

El hombre que no sabe ahorrar sobre una pequeña cantidad de dinero menos sabrá ahorrar sobre una grande. Porque sus gastos y despilfarros estarán entonces en proporción.

Desconfiad de la mujer que os recuerda continuamente su amor.

Un hombre es cruel y hasta injusto en razón de amor; hace sufrir á los demás, y hasta al mismo objeto de su amor.

El tiempo, la inocencia y el amor son las tres únicas fortunas que una vez perdidas no se vuelven á recuperar más. Son otras tantas quiebras cuyos quebrados no tienen posible rehabilitación.

Difícilmente por el camino de la amistad se llega al amor. Al amor no se llega por otro camino que no sea por el amor.

El verdadero valor en la amistad consiste en ser sincero: en reconocer con la misma franqueza las buenas cualidades del amigo detrás de él, como delante de él sus más grandes defectos.

Las esperanzas casi nunca se cumplen, pero los desengaños casi nunca dejan de cumplirse.

Todos los esfuerzos que hacemos para que dé frutos sazonados la felicidad, no vale ni una de sus flores, es decir, de las ilusiones de poseerlos.

Con la virtud pasa como con el Amor y los espíritus, que todo el mundo habla de ellos y nadie los ha visto.

La idea de la virtud es una superstición. Juramos por ella para convencernos de que existe.

Así como hay famas que empiezan en la tumba hay otras que terminan en ella. Las primeras pertenecen á los hombres superiores y las últimas á los medianos.

El llanto es el principio del fin de la pena: Cada gota es un átomo que disipa su dolor, como la lluvia disipa la tempestad de la nube.

Para los ignorantes toda manifestación del saber ajeno tiene algo de impertinencia, como para los viciosos, toda virtud es como un mudo reproche á su amoralidad, de la que saben á cada momento darse por aludidos.

Las personas que te dan mayor número de consejos son las que estarán menos dispuestas á ayudarte.

El Amor es el timón que rige la nave de la Vida: tiene el doble poder de reinar y gobernar. No hay rumbo que tome la nave que no dependa de su arbitrio y capricho: tanto lo lleva al puerto como lo aleja de él; y por una ironía de su gobierno es un timón que tan pronto salva de la tempestad como conduce á la nave al escollo y al naufragio.

Dos hombres pueden amar á una misma mujer, pero una mujer no puede amar á dos hombres. Este mismo axioma se puede aplicar á la mujer: dos mujeres pueden amar á un hombre, pero un hombre no puede amar á dos mujeres á la vez y aún tampoco amar á otra mujer después de haber amado á una mujer con el primer amor.

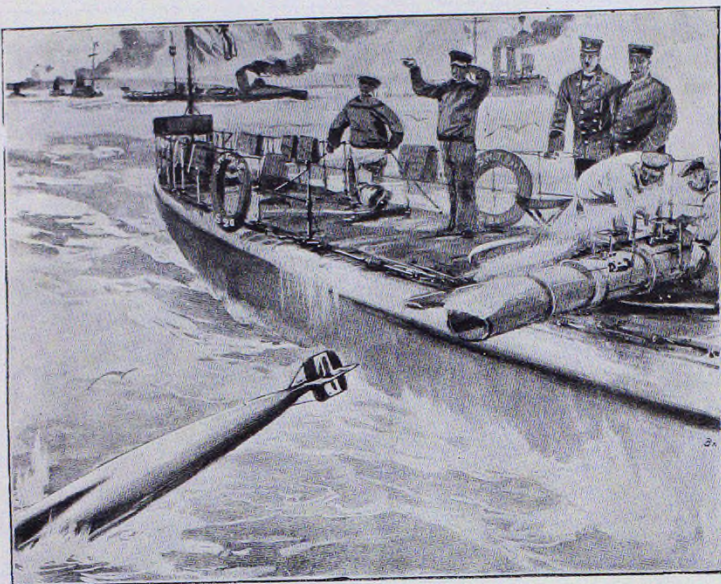
JAIME M. OLIMBRADA.

Enero de 1916.





EL VERANO EN CHILE. — ESCENAS PLAYERAS EN EL BALNEARIO DE VIÑA DEL MAR



LOS FLECOS DE LA ESCUADRA

La aurora frente al promontorio. Sube la marea, mezclada y brusca y turbulenta, oscura en los huecos y clara en la rompiente. Malas aguas para barverlas.
«Anuncian minas en el canalizo. Dese aviso y deténgase todo el tráfico. Enviense el «Unity», el «Claribel», el «Assyrian», el «Stormcock» y el «Golden Gain».

Mediodía frente al promontorio. Comienza el primer refujo, suelto y fuerte en la caleta. Estampido tras estampido, y conmoción en los bohíos, y los grajos aturridos de terror.

«Localizadas las minas en el canalizo, los barcos arrastran ya la cadena Trainens», «Unity», «Claribel», «Assyrian», «Stormcock» y «Golden Gain».

Anochecer frente al promontorio. Huye la última luz y se amontona el tráfico, y cinco condenadas traineras, sonando sus sirenas, van á la cabeza de toda la manifiesta.

«Barrido por completo el canalizo. No quedan más minas. De vuelta van el «Unity», el «Claribel», el «Assyrian», el «Stormcock» y el «Golden Gain».

La escuadra de los pesqueros parece considerar las minas como juego más ó menos lícito. Pero no así el torpedero. Un hombre de Yarmouth, tendido en la escotilla, con el aparejo diestramente recogido por abajo, me dijo que otro barco de Yarmouth había volado con todos sus tripulantes menos uno.

—Fué un submarino, no una mina—dijo.—No dejaron que nuestros muchachos se defendieran. Era un barco de Yarmouth: los conocíamos á todos. No dejaron que los muchachos se defendieran.

Como cazador de submarinos, ilustró por medio de cerillas, formando diversos ángulos la manera en que, á ciegas, se realiza la operación.

—Y luego—terminó—hay que ver lo que «él» hace. Eso hay que pensarlo mientras uno está encima de él, lo mismo que si fuere un pez.

Aun cuando no hubiese matado sus amigos una semana antes, no quisiera yo ser perseguido en aguas poco profundas por un hombre que conoce todos los bancos y todas las cavidades. Como casi todos los pescadores, hablan de su trabajo en lenguaje de pesca, y en sus ratos de ocio se dedican á pescar desde

una banda, mientras evocan á veces recuerdos espantosos. Pero todos quieren cañones. Los que los tienen de tres libras, reclaman de seis; los de seis, de doce, y los que gozan del aristocrático privilegio de tenerlos de doce libras, sueñan con cañones de cuatro pulgadas para los errantes «zeppelines». Todos ellos los tendrán con el tiempo y me imagino que tardarán en abandonarlos. Un piloto me dijo que «un cañón es una cosa manuable para tenerla á bordo siempre».

—Pero, ¿y en tiempo de paz?—le dije.—¿No sería un estorbo?

—Nos hemos acostumbrado ya á ellos—respondió sonriente.—Nunca me haría al mar de nuevo sin un cañón; no iría yo si pudiese. ¡Dan tanto gusto á la mano!...

¡Se habla de hombres del ejército que no volverán de buena gana á la vida civil! ¿Qué decir de pescadores que han probado algo más acre que el agua salada, y de terceros y cuartos pilotos jóvenes que durante los últimos nueve meses han tenido mandos independientes? Uno de ellos me dijo con entera inoportunidad: «—Yo solía ser el animal que, en los días de equipaje, solía subir los baúles de las mujeres en el viejo «Bodiam Castle»,—y remedaba la manera en que ellas le pedían «ese baúl grande castaño», ó «la cesta del traje negro», como podría un alma libertada mofarse de su antigua vida carnal».

Mi acompañante en este mundo isabelino de marinos del siglo XVIII era un bachiller en artes que había naufragado en el «Landrail», que había ayudado en el combate de Heligoland, que había visto hundirse al «Blücher» y caer las bombas sobre nuestros barcos al intentar nosotros salvar á los que se ahogaban. («Por lo cual—como dijo—estos alemanes murieron pidiendo á Dios que castigue á su propio país porque nosotros no esperamos á ser castigados»). Y ahora ha encontrado tiempos más tranquilos en una oficina de tierra. Me condujo por muchas cubiertas, de embarcación en embarcación, para estudiar las diversas aplicaciones en que se han especializado. Una de las últimas que vimos

fué lo que un pescador del Norte de Inglaterra llamó un «arrastrador ordinario», ó sea, un arrastrador de minas. Estaba tomando té en mangas de camisa y protestó en voz alta de que hubiese algo de particular en este género de arrastre.

—¿Ve ese cabo de alambre?—dijo.—Pues bien, á través de ese plomo va el barco con el cual se está haciendo el barrido. Él ata su extremo y usted ata el suyo. Luego comienza el arrastre, á la profundidad á que ambos hayan convenido, por medio de ese aparato que la regula. Le dan á usted una especie de cristal para conservar la misma distancia del otro barco; pero no hace falta si ustedes dos se conocen. Bueno: luego se barre, como se suele decir. Nada de particular hay en ello. Se arrastra hasta que este cabo enreda las malditas minas. Entonces se continúa hasta que aparecen en la superficie, por decirlo así, y en seguida se las hace estallar disparando contra ellas ese fuel que está ahí, en el fogón. Nada más que eso es el arrastre.

—¿Y si se tropieza con una mina?—pregunté.

—Pues vuela uno; pero no hay por qué tropezar cuando se tiene cuidado. La cosa es apoderarse con fortuna de la primera mina, luego se va á la próxima y así sucesivamente, es un decir.

—Y entre horas se puede pescar—dijo una voz desde el barco próximo. Atomóme un hombre y devolvió un cubilete prestado. Hablaron de pesca, notablemente de un salmónete que agarraron una vez y que á juicio de ambos pescadores «no era natural de estas aguas». Pero en cuanto al barrido de minas, les fatigaba profundamente hablar de ello. Únicamente supe más tarde, como parte de la historia natural de la mina, que si se raspa con la mano el trinatrótolvel de una mina alemana, se producen erupciones y envenenamiento de la piel. Pero, según la autoridad de dos expertos, nada hay en el barrido de minas. Absolutamente nada.

Imagínese ahora, á menos de un tiro de pistola de estos bulliciosos muelles, una pequeña oficina, dentro de la cual cuelgan por todo alrededor mapas donde están señalados con lápiz varios bajos y sondeos. Hay una lista móvil de los barcos de operaciones y tienen nombres raros y familiares. Desde la ventana se ve el puerto atestado; más allá, la línea del tráfico que va y viene, majestuoso espectáculo cinematográfico de seis barcos por hora. De pronto se detiene la película. Un barco anuncia una obstrucción en la línea del tráfico á unas millas de distancia. Ha hallado y hecho estallar una mina. En la oficina se oyó el sordo estampido antes de llegar la noticia de la telegrafía sin hilos. Con toda probabilidad hay allí un nido de minas. Es posible que durante la última noche se metiera un submarino entre ciertos bajos y que las echara. Se exploran los bajos en caso de que el submarino yaza allí; pero hay que fijar los límites del campo de minas que acaba de descubrirse y desviar el tráfico. Un barco volandero está fuera ayudado de remolcadores. Ha chocado con algo y se le ha abierto una gran vía de agua. ¿A dónde irá? Los de la oficina le señalan

rumbo. El puerto está demasiado lleno para que se instale en él. Se va balanceando entre los fieles remolcadores. Alguien pregunta, costa abajo, por telegrafía sin hilos, si deben detener su tráfico. Es exactamente como cuando un guardavía «ofrece» un tren al siguiente trecho de vía.

—Si—responden los de la oficina.—Espere un rato. Si es lo que nosotros creemos, la demora será pequeña. Si no es lo que nosotros creemos, la tardanza será un poco mayor.

Entre tanto, los barredores rastrean por toda la superficie sospechosa—buscando los huevos del cuco», como indica una voz—y un barco de los de la ronda va espumeante costa abajo para alcanzar y detener cuanto esté en movimiento, pues á veces los capitanes son bastante estúpidos. Del aire comienzan á caer palabras sobre la oficina cargada de mapas. «Seis cables y medio al Sur, quince al Este» de un punto ú otro. «Notadlo bien y decidles que empecien á trabajar desde ahí», es la orden. «¿Otra mina ha estallado!» «Si, ya la hemos oído», dicen los de la oficina. «¿Y qué hay del submarino?» «El «Elizabeth Huggins» anuncia...»

Lo que anuncia el «Elizabeth» debe ser muy grave, pues un torpedero de aspecto inmoral se desliza del puerto y se apresura á participar en ello. Si el «Elizabeth» no ha dicho la verdad, puede haber palabras duras entre las partes. Por el momento, una indicación á lápiz parece que ha de bastar; además, se piden, por lo que puede adivinarse, más barredores. Pronto llegarán. Los ocupados en la operación han dado con las minas ya y están entretenidos en recogerlas.

Un patrón de trainera desea hablar en la oficina. Le han ordenado que se haga á la mar, pero la mayor parte de su caldera está actualmente en el muelle; y «usted recordará, señor, que otro tanto ocurre con un trinquete y la jarcia». En la oficina no recuerdan precisamente; pero si la caldera y el trinquete

están en el muelle, mejor es que el resto del barco se quede en puerto. El patrón se aleja aliviado. Hace unas noches arañó á otro barco maniobrando en poca mar.

Por encima del agua serena, en un sitio donde una escuadra está en funciones, se oye el murmullo de un fuego de cañón. Un monitor, tan ancho como largo, llega del punto del percance; se desliza por la boca del puerto, todo vestido de señales; le reciben dos gabarras maternas y, por las trazas, se echa á dormir entre ellas. Los de la oficina no miran siquiera, pues no corresponde á su departamento. Han encontrado una trainera para reemplazar á la desprovista de caldera. Se coloca su nombre en la lista. Brincando vuelve el torpedero inmoral á sus amarras. Evidentemente, lo que el «Elizabeth Huggins» dijo no era exacto. Conforme expira el día, comienzan de nuevo los avisos y las réplicas.

Volvamos ahora al puerto interior. Al crepúsculo hubo en el agua un movimiento entre las embarcaciones atestadas, como secas hojas de te al separarse. El puente giratorio tendido sobre el dock nos cierra el paso. Surgiendo de las embarcaciones agolpadas, un barco embocó la salida á razón de siete nudos y lanzóse al puerto exterior con toda la pompa de una almirante, lo cual era precisamente. Otros le siguieron, saliendo de todas partes en silencio. Uno tras otro se pusieron en línea; arrizaron los aparejos; bien en orden sobre sus limpias cubiertas las vergas y las guindolas; los cañones, sueltos y listos; oscurecidas las ventanas de la timonera, y todo dispuesto para estar fuera un día ó una semana ó un mes. En ninguna parte se oía una palabra. Los del tráfico de á pie, interrumpido, los contemplaban conforme se deslizaban hacia abajo. A mi lado una mujer saludó con su mano á un hombre que iba en uno de los barcos, y vi la luz de su rostro al devolver él el saludo. Salí el último el barco donde me hicieron la demostración con cerillas. Su

patrón no había creído que valía la pena decirme que salía esa noche. Luego se enderezó la línea y puso proa al mar.

—No me dijo usted que iba á suceder esto—le dije en tono de reproche á mi bachelier en artes.

—Ni pensé en ello—respondió.—Es la ronda de noche que sale. El hecho es que estoy tan acostumbrado á la condenada maniobra, que no se me ocurrió mencionársela á usted.

A la mañana siguiente fui á bordo de un barco de guerra, y precisamente cuando vinimos á orar porque la armada pudiera «ser una salvaguardia para todo lo que discurre por el mar en lícitos menesteres», vi una larga procesión de tráfico que se reanudaba canal arriba y abajo, á razón de seis barcos por hora. Y dijeron que había sido detenido por un momento.

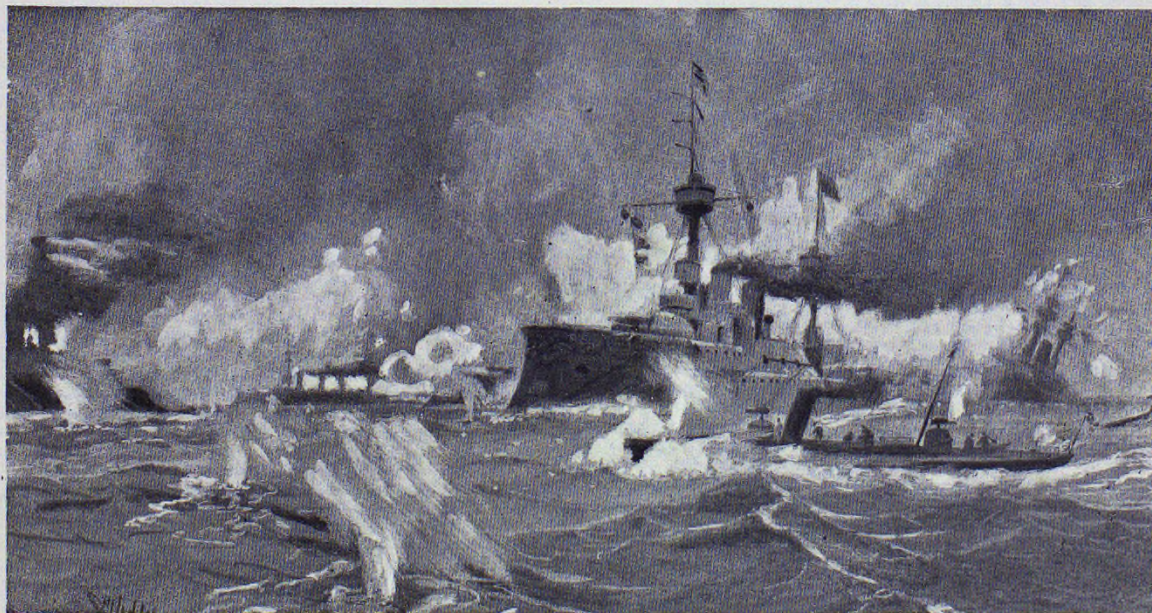
RUDYARD KIPLING.

LA MANO DE LA DOLOROSA

Yo amé con un amor azulado de altura, la mano de una dolorosa donde irradiaba una amatista. Bajo la bóveda romántica de la catedral, toda pálida dentro de su nicho de cristales, aquella mano era un signo de celestes dulzuras sobre la tierra, una cosa llena de alas sobre la aridez del mundo. Cuando mis ojos se posaban en esos dedos, siempre sentía un magnetismo de agonía, una secreta atracción hacia la palma cóncava y helada...

La mano de la Virgen fué otra nave de iglesia para mi espíritu; otro amparo de azucenas tendido sobre mi vida. Llegué á ser algo así como un devoto sentimental. En las grandes liturgias, la respiración potente del órgano, el gran coro de los cantos glorificantes, el tremolar de los linos sagrados, el corazón de las rosas rodando sobre los átomos del aire, me hacían estremecer y acariciar en mis pupilas más, cada vez más, la mano idealizada desde la penumbra.

ROBERTO BARRIOS.



LA DESCONOCIDA

El juez revolvió algunos papeles, tomó varias notas, y al fin levantó la cabeza y dijo:

—Señor Roland, quiero interrogarle a usted á solas; por eso he hecho salir de aquí á todo el mundo. Los antecedentes de usted no pueden ser mejores; pertenece usted á una respetabilísima familia y goza de una posición desahogada. No se mezcla, por lo tanto, el móvil del robo en este asunto... No alcanzo á comprender las causas que le han inducido á cometer el crimen.

—¿Acepta usted por completo la responsabilidad del acto? ¿No reclama usted un reconocimiento médico?

—No, señor juez de instrucción; no estoy loco.

—Entonces voy á recordarle á usted los hechos. Durante la noche del 10 de Enero último asesinó usted á una mujer con quien vivía maritalmente desde hacía más de dos años. Le dió usted la muerte mientras estaba dormida. Le rompió usted el cráneo de un martillazo y se ensañó usted con aquella cabeza, que se encontró completamente destrozada cuando levantaron el cadáver.

Evidentemente nos hallamos ante un crimen pasional. Ante uno de esos dramas que ocasionan los celos. Debo advertirle que los antecedentes de la víctima no pueden ser más favorables para ella. No se separaba de usted, no recibía á nadie, no salía nunca sola. En la casa y en el barrio les creían á ustedes casados, y todo el mundo la llamaba la señora de Roland.

—¿Cuál era el verdadero nombre de esa mujer?

—¿Usted no lo sabe, señor juez?

—¿Quiere contestarme á la pregunta que le dirijo? ¿Cómo se llamaba?

El acusado exclamó:
—Decía llamarse María...; pero no sé nada más.

—Está usted abusando de las consideraciones que le guardo.

—Caballero, estoy agradecidísimo á las bondades que tiene usted para mí; pero no puedo contestarle. No sé nada. Ella decía que se llamaba María; pero estoy casi seguro de que no era ese su verdadero nombre de pila.

—¿Y es posible que haya usted vivido dos años con una mujer sin saber cómo se llamaba?

—Señor juez, voy á decirle á usted la verdad. Podrá usted comprobar todas mis afirmaciones...

Cuando conocí á María—de algún modo hemos de llamarla, ya que con éste fué con el que la quise—acababa de abandonarme otra mujer, sin motivo y repentinamente, dejándome completamente abatido el ánimo.

Yo no he podido vivir nunca sólo. La idea de entrar en mi casa por la noche y hallarla fría, sin esa atmósfera caldeada por un ser que me espera, sin oír el timbre de una voz amada, me produce escalofríos de terror, un verdadero suplicio.

Me dirá usted que debí casarme. Es cierto, y muchas veces he pensado en ello; pero nunca he tenido tiempo para hacerlo. Cuando me separaba de una amante me unía á otra en seguida. Esto es lo que me pasó con María.

Una noche en que me hallaba en el café con varios amigos vi entrar en el establecimiento á Cora, la amiga de Carlos Le Clerc—Carlos Le Clerc, calle de Saussures, 110; puede usted interrogarle.—Iba acompañado de otra mujer, de la criatura, más linda que se pueda uno imaginar. Una de esas mujeres dotadas de un rostro lleno de bondad y de modestia, que infunden respeto, y ante las cuales siente uno deseos de arrodillarse y besarle la punta de los guantes.

Se negó á tomar nada, se sentó de medio lado, viéndonos jugar y contestando con monosílabos á nuestras preguntas.

Recuerdo que Cora le preguntó:

—¿No se aburre usted de no hacer nada?

—No, me entretiene mucho ver jugar. Además, no debo volver á casa hasta las once.

Cuando todos nos marchamos me ofrecí para acompañarla. Aceptó; pero me dijo:

—Sólo le pido á usted un favor: que me abandone cuando yo se lo diga. No quiero que me vean ir acompañada en mi barrio. Bajamos por la Avenida de la Ópera, resplandeciente de luz; atravesamos el Carrousel, obscuro y mal empedrado y pasamos el puente Real. Era una hermosa noche de Marzo. Una brisa templada y aromada cariciaba el rostro, y yo me sentía emocionado al verme á solas, en la obscuridad, con aquella preciosísima mujer. Me parecía que al acompañarla de aquel modo entraba en su intimidad. Me figuraba ver su casa, conocer sus costumbres y, al contemplar las líneas puras de su rostro, la sencilla plenitud de su peinado, adivinaba su hogar claro, encerrado, de una limpieza irreprochable.

Al llegar á la calle Bonaparte se detuvo, me dió la mano y me dijo:

—Caballero: muchas gracias por haberme acompañado hasta aquí y perdóneme usted que le despidió. Adiós.

Me pareció sentir que su mano temblaba ligeramente, y exclamé:

—Pero, ¿es que no hemos de volver á vernos? ¿No volverá usted mañana al café, con Cora?

—No, apenas la conozco.

—¿Entonces todo ha concluido? ¿No la verá á usted más? ¡Oh! Eso sería horrible.

Debí de pronunciar estas palabras de modo que ella adivinara mi emoción, porque me contestó:

—¡Bah! Sólo las montañas no se encuentran jamás.

Me había inspirado tanto respeto, que sólo me atreví á decirle:

—Es que yo desearía volverla á ver. No le pido una cita; únicamente verla á usted otra vez... Le suplico...

Se quedó pensativa un momento, y de pronto me dijo:

—¿Lee usted los periódicos?

—Yo lo creo!

—Bueno, pues lea usted «Le Rapide» el miércoles que viene. Tal vez encuentre usted algo en él. Y ahora, adiós. ¡Supongo que no me seguirá usted! Me ha dado su palabra.

Eché á andar, la vi volver una esquina y desaparecer.

El miércoles siguiente mandé comprar los periódicos á las siete de la mañana, y lei «Le Rapide» de un tirón. No hallé nada. Se me oprimió el corazón. Sin embargo, me fijé detenidamente en la sección de anuncios económicos y encontré lo siguiente:

«Puente Real.—Si se acuerda usted del domingo, acuda mañana jueves, once mañana, estación tranvía San Agustín».

¡Puente Real! Era ella.

Al día siguiente la vi llegar. Aún me acuerdo de su vestido. Una falda de rayas blancas y negras, una blusa sujeta á la cintura... ¡Estaba preciosa!

Aquel día fuimos á almorzar juntos al campo. Después nos volvimos á ver varias veces. Un día fué á mi casa... y ya no volvió á salir de ella.

Todo esto me explica los orígenes de sus relaciones; pero no la causa del crimen—dijo el juez.

—Caballero: todas mis amantes me habían contado su historia, la de su madre, la de sus otros amos, la de sus amigas. Mentían casi siempre; pero, en fin, decían algo. Yo podía saber, aproximadamente, lo que habían hecho antes de conocerme, cómo habían vivido... María, el día en que nos decidimos á vivir juntos, me dijo sencillamente:

—Puesto que quieres que me quede á vivir contigo, mañana vendré con mi ropa.

Y al día siguiente se presentó con ella.

Los primeros días no la interrogué por discreción, creyendo que, como mujer al fin, no dejaría de hablar de sí misma con frecuencia. Después empecé á citar fechas y á procurar evocar recuerdos.

—El mes de Agosto del 90 estuve en Trouville. ¿Y tú?

María cambiaba en seguida de conversación, contestando con vaguedades. Por lo demás, era muy franca, completamente leal en lo que al presente se refería. Jamás la agarré en mentiras, nunca la vi emplear esas pequeñas estratagemas de que se valen siempre las mujeres. No me separaba de su lado y en dos años no la vi escribir ni recibir carta alguna. Su personalidad se había fundido en la mía. Había cortado su vida anterior de un sólo golpe, como se corta la amarra que sujeta un barco. Debía pasar por muerta en algún sitio; para un amante, para una familia. A veces sentía yo la horrible sensación de que lo estaba realmente.

Me rebajé á espiarla vilmente; revolvi sus ropas; registré sus bolsillos. Nada. Pregunté á Cora. Esta me contestó que la había encontrado, dos ó tres veces, en casa de su modista; que se habían hablado, y que la noche en que la conocí salieron juntas las dos. Aquello era una pista. Fui á ver á aquella mujer; la modista no la conocía. Fué un día á preguntar el precio de un vestido y volvió dos ó tres veces, sin decidirse á comprarlo y sin dar su nombre ni sus señas.

Comprendí entonces que no lograría saber nada y decidí apoderarme de su pensamiento. Aprendí los gestos, las emisiones de voluntad que convierten á una criatura humana en materia inconsciente, en un ser sin voluntad bajo los dedos de un hipnotizador. Logré conquistar la energía, los fluidos aún desconocidos que nos entregan el «yo».

Conseguí dormir á María...

Después de sostener grandes luchas, de someter ignoradas resistencias, dominé su voluntad, dominé sus sentidos. Hablaba, respondía. Gocé entonces de unos momentos de alegría inefable. Era dueño de aquella mujer; iba á conocerla.

La pobre nada sospechaba; ignoraba que yo tuviese el poder de hacerla dormir, y después nada recordaba.

¡Ah! ¡Qué escalofrío de terror el día en que decidí interrogarla!

Y qué rabia, qué furor cuando noté que si bien respondía dócilmente y con exactitud á lo que le preguntaba, «no contestaba más que á lo que yo le iba dictando interiormente». ¡No era su «yo» lo que ella me entregaba; era el mío! No revelaba su alma ó su voluntad; reflejaba la mía.

Nada podía hacerla declarar el secreto—banal é insignificante, sin duda,—que no quería decir.

¡Oh! ¡Vivir ante un rostro oculto; estar viendo sin cesar unos ojos detrás de los cuales hay algo que no podremos ver nunca; no saber á qué pensamiento responden las palabras cuyo sonido escuchamos; hallarse ante un muro y saber que detrás de ese muro se ocultan cosas que no conoceremos jamás...

Aquella noche me levanté en silencio. María dormía de un modo adorable, sonriendo á un ensueño... ¿A qué, señor?

Fui á la cocina. Agarré un cuchillo y un martillo; me acerqué á ella, y con mucho cuidado, como si fuese á levantar la tapa de una caja, apoyé el cuchillo en la frente. Di un golpe seco con el martillo. Salí sangre, mucha sangre. Se incorporó; dió un grito agudo, agudísimo, y cayó muerta.

Después, á través de la careta blanca del rostro, busqué lo que había detrás de los ojos; busqué el misterio en el interior de aquel cráneo lleno de sangre... No hallé nada; no sé quién es, no lo sabré nunca...

El juez de instrucción tocó el timbre.

—Conduzcan ustedes al acusado á la enfermería del Depósito.

FRANCISCO DE NIÓN.



Las armas españolas eran impotentes para reducir á la obediencia á las numerosas y batalladoras tribus de indígenas que poblaban las vastas soledades argentinas.

Los indios guareciéndose en lo más espeso de los bosques burlaban la vigilancia de sus enemigos y desde el fondo de sus refugios, diezmaban impunemente las sufridas legiones de los Reyes Católicos.

Si se quería someter á los salvajes al yugo de la civilización, poniendo al tiempo mismo, un sello de estabilidad á la conquista, se hacía de todo punto necesario que las armas de fuego fueran sustituidas por las del Evangelio, á cuyas insinuaciones jamás fueron rebeldes los naturales de la comarca.

Comprendiéndolo así, los conquistadores decidieron acometer la empresa, enviando á las tolderías pacientes y bondadosos misioneros, cuya palabra acogieron respetuosamente las tribus.

Tal fué la conquista espiritual que llevaron á buen puerto los humildes hijos de San Francisco, sin omitir dolorosos sacrificios y abnegados heroísmos.

Ellos peregrinaron por las dilatadas llanuras que bañan el Pilcomayo, el Paraná y el Paraguay, fundando un sin número de reducciones, que muchas veces se vieron obligados á abandonar en unión de sus convertidos, á causa de las incursiones de los feroces mamelucos del Brasil, raza de mestizos que solían pasar meses y años, errando por los bosques á caza de esclavos ó en procura de oro y plata que entregaban después á la Corona de Braganza.

Así se vieron víctimas de la rapacidad aventurera Encarnación de Guairá y San Antonio que fueron saqueadas, sufriendo la pena del degüello al pie del altar quienes se opusieron al asalto.

Los que libraron de la orgía sangrienta

fueron arrastrados en número de dos mil quinientos á los mercados de San Pablo y Rio de Janeiro para ser vendidos como miserables esclavos.

Ante el azote de los mamelucos, muchas reducciones fueron abandonadas.

De esas reducciones aún se conservan ruinas en el territorio de Misiones, que ofrecen al viajero observador ancho campo para estudios históricos.

Su primitiva construcción se descubre por vestigios que el tiempo respeta como si quisiera conservar ese provechoso ejemplo de labor y de piedad.

Según el protestante Southey todas las construcciones se elevaban con arreglo á idéntico plano.

A un lado de un cuadro de terreno espacioso se levantaba la iglesia, que en varios pueblos tuvo hasta cinco naves. A un costado de la iglesia se echaban los cimientos de la casa de los misioneros y al otro se colocaba el cementerio, costumbre que se siguió en épocas ulteriores, como puede observarse con el primer campo santo de la capital bonaerense contiguo al «Hueco de las Animas» y situado á los fondos de la Catedral.

Los tres lados restantes del terreno destinado á la reducción, se reservaban para casas de los indios delante de las cuales se levantaban unos grandes soportales de que da idea acabada la fotografía que publicamos, primera que se obtuvo de las ruinas de Misiones, y sacada por don Ricardo Hogg.

Esos soportales guarecían de los ardientes calores y eran sumamente cómodos en la estación de las lluvias.

Las casas de los indios eran en su totalidad de piedra y la formaban una sola habitación de siete varas cuadradas.

La de los misioneros, en cambio tenían dos patios. El primero lo ocupaban las habita-

ciones y los depósitos de la cosecha del pueblo, almacén de armas y escuela de los niños de la tribu. En el segundo patio, se hallaban los obrajes de los herreros, carpinteros, pintores, escultores, doradores, sombrereros, rosareros y demás empleados en toda clase de artefactos.

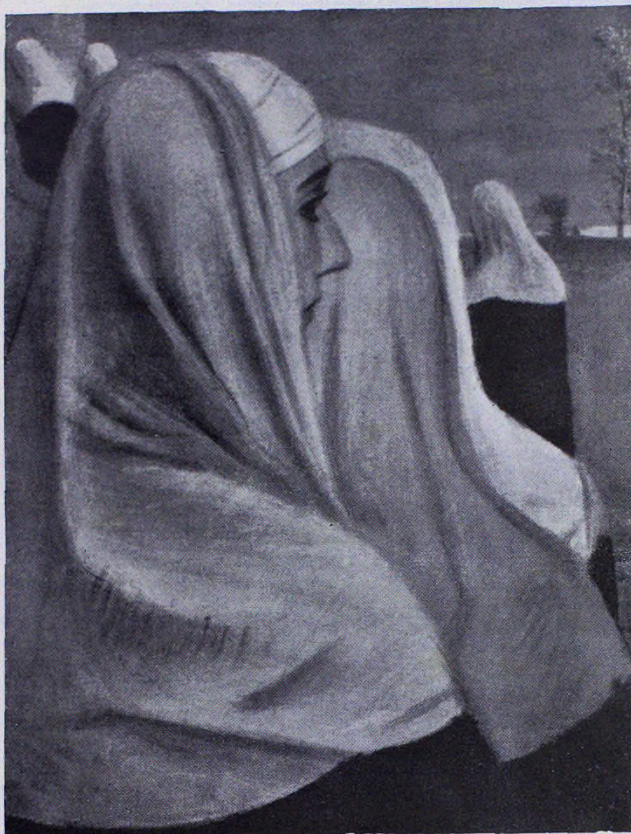
La propiedad en las Reducciones, las describe Southey, con una claridad de concepto que excluye toda otra definición. Dice al respecto:

«A cada jefe de familia se asignaba un lote de tierra, suficiente para su uso, en el cual cultivaba maíz, mani, batatas, algodón y lo que más le convenía. De esta porción, que se llamaba *Abamba* ó propiedad particular, era él señor, mientras que podía cultivarlo, pero luego que por su vejez se veía imposibilitado para trabajar, ó en caso de muerte, pasaba el terreno á otro ocupante. Los bueyes para la labranza se le prestaban de los bienes comunes. Dos lotes mayores, llamados *Tupamba* (*) ó posesiones de Dios, eran cultivados para la comunidad, plantándose en una porción cereales y legumbres y en la otra algodón. Aquí contribuían los misioneros todos con su parte de trabajo en épocas fijas, depositándose los productos en el granero común para alimentar y vestir á los impedidos y enfermos, las viudas, los huérfanos y los niños de ambos sexos...»

Tal era la organización de las famosas reducciones de los Padres Franciscanos, que según apunta Azara, *mandaban allí en un todo, usando de su autoridad con una suavidad y moderación que no puede menos de admirarse.*

SERGIO WASHINGTON BRUMÓFF.

(*) Las verdaderas palabras en idioma guaraní son *Abambá* y *Tupambá*.



BEATA

(Para LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA)

Un gesto masedumbre sobre sus labios flota
en conjunción sublime con su vida interior,
y en una cantilena de infinita tristeza
su espíritu se funde en aras del Señor.

Un misticismo pulcro filtra de sus maneras—
hechas para una vida que ella juzga mejor—
y en esa paz que enferma, que lentamente agobia
encuentra lapso bueno de manso resplandor.

Por el claustro desfila platicando en silencio—
ancha quietud que enerva hasta hilar un dolor—
y ensaya en el ambiente, como una melopea
su caminar continuo de isócrono tenor.

En esa filosofía retempla su existencia,
que exorna en una como aureola de candor,
y al terminar el día por el claustro prosiguen
su silueta y su rezo en mansa comunión!

TRAMONTO

Es la hora que el día va poniéndose triste...
El silencio del bosque se extiende á nuestras almas;
Mientras en la penumbra se exorna el claro-oscuro
que ahonda perspectivas y tiemblan las estatuas.

Las luciérnagas vierten su claror en el fondo
del jardín que parece gravitando en las pláticas

de aquellos viejos sauces, coñidentes acústos
que escucharon idilios y tragedias que exaltan...

La neblina descende, Palermo desfallece
en el grato recuerdo de unas visiones clásicas:
en tanto en el sendero que conduce á la fuente
deja el frou-frou furtivo, su airosa serenata!

SILENCIO

El rumor de las quintas percutía despacio,
como un manso rezongo. Tuvimos un dolor;
el epilogo diurno volcó entre nuestras almas
una así como onda de su vago sopor.

Las brisas en el lago hilvanaban su arpegio,
que fué hasta el infinito en rauda procesión;
entonces nuevamente se juntaron.

—¿Me quieres?
conjugaron tus labios hechos para el amor...

No sé lo que te dije—es posible mintiera
Diciendo de una hora feliz para los dos—

Cayó sobre mi pecho tu cabeza. Entre tanto
las ranas ensayaban su isócrona canción.

LOS CANARIOS DE "PICE"

Un torrente de luz en la ventana
se agolpa como un ritmo jubiloso...
un eco... un ruido extraño, estrepitoso
desfoca en el ambiente la mañana.

La musa de las rachas, soberana
desenvuelve en un giro caprichoso
su brindis, que trasmona melodioso
el infinito, en espiral lejana.

En esta orquestación que santifico—
como á un sorbo de agua cristalina—
gorgean los canarios. Cada picó

pone una nota de alabastro y oro,
como si fuera risa femenina
adicionada con ingénuo lloro!

CARLOS AURELIANO MIRANDA.

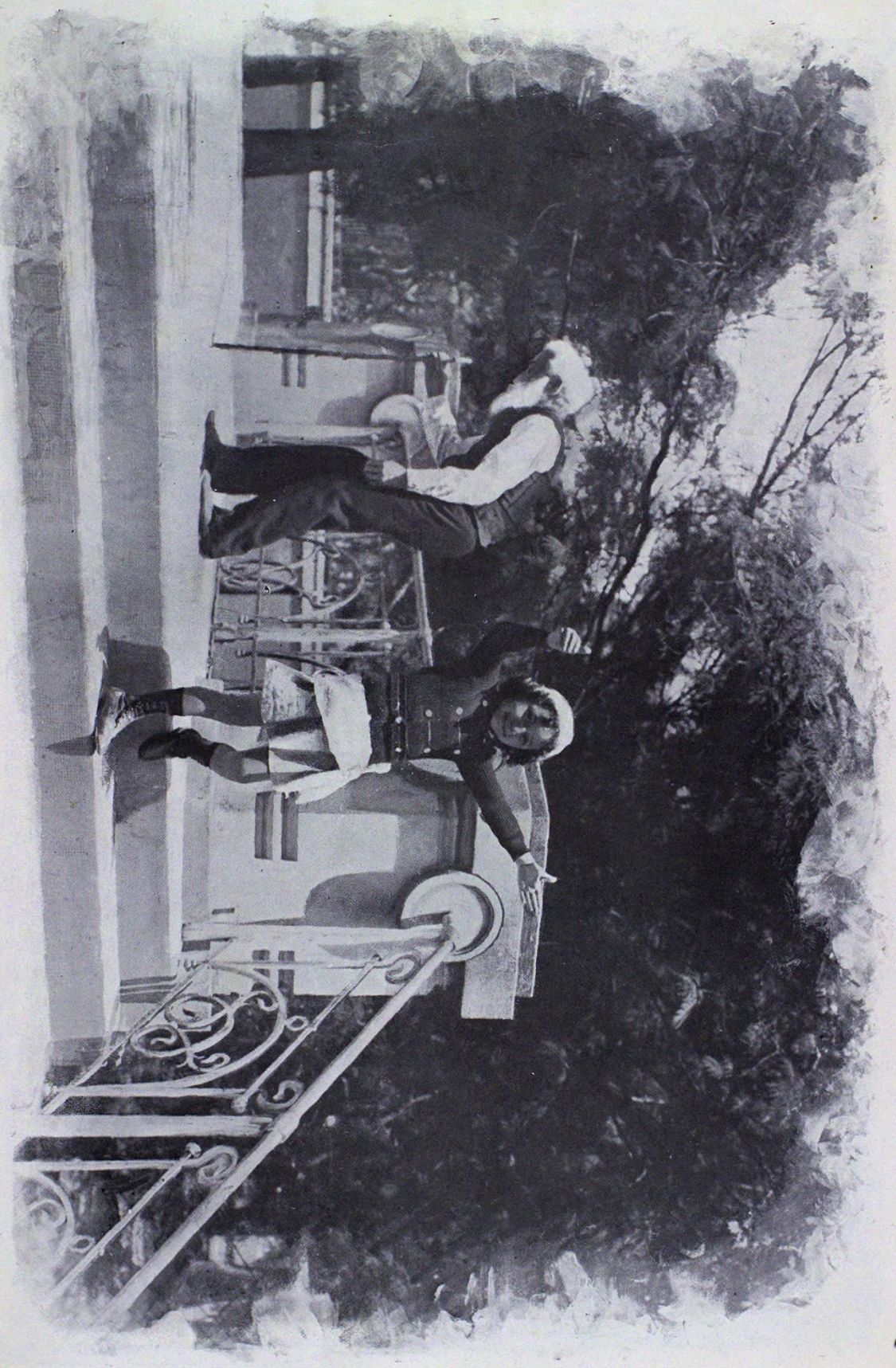
Enero de 1916.





NIÑA DE MARINO

Arte fotográfico, por C. Merlino, Buenos Aires



CRÓNICAS DE LA GUERRA

LA CIUDADELA SUBTERRÁNEA

¡Carency, el terrible Carency, que llegó á convertirse en una obsesión en los partes diarios del Estado Mayor; el Carency, en el cual los alemanes creían haberse fortificado de un modo inexpugnable, y que costó á los franceses más esfuerzos que Zaragoza; el ya legendario Carency, hélo aquí, á nuestros pies, en su hondonada!... Mentalmente me repito el relato de su conquista, tal cual me la contó un cazador alpino, á quien encontré herido en una ambulancia, hace tres meses, y que, en su entusiasmo, trataba de incorporarse en el lecho para explicarme, con grandes gestos heroicos, la belleza del combate. Fué en Mayo, en plena primavera... Esta comarca no envolvía entonces su seca estructura entre la niebla, sino que, por el contrario, palpitaba con todas las palpitaciones de sus boscajes floridos, bajo las caricias del sol. Una embriaguez sagrada animaba las almas de los que durante un invierno habían permanecido inmóviles en sus trincheras, contemplando la aldea codiciada cual un lugar de promisión. «Aquello era bíblico»—me dijo un soldado. Y recordando ahora estas palabras que antes me hicieron sonreír, me figuro el bombardeo, durante el cual 20 000 bombas cayeron sobre este hacinamiento de ruinas en el espacio de tres horas, removiendo la tierra, desgajando los árboles de los huertos, volando los muros que aún quedaban de pie... ¡Bíblico, sí, digno del libro de Josué, digno, sobre todo, de la terrible cólera del Jehová devastador que perseguía con sus tempestades de fuego á los pueblos cananeos!... Las defensas de hierro, organizadas durante seis meses por el diabólico ingenio alemán, desaparecieron en un instante. «Nuestros cañones nuevos»—se lee en el «compte rendu oficial» del 9 de Mayo—han pulverizado las alambradas y los parapetos del enemigo, sumergiéndolos entre toneladas de dinamita». ¡Y si no fuera más que eso! «Hubiera usted visto»—gritaba mi herido abriendo sus grandes ojos febriles;—hubiera usted visto el número de cadáveres que encontramos! Todas las madrigueras donde los defensores de la fortaleza se guarecían, esperando al enemigo, fueron, en efecto, halladas de cuerpos despedazados. Todo el mundo ha hablado de una colina rusa que, después de una batalla, tenía palpitaciones macabras, á causa del número de soldados que agonizaban en sus laderas. En Carency, el espectáculo fué menos grandioso y menos notable, pero más horrible. En algunos sótanos, después de la lluvia de fuego, los guerreros, moribundos, en el delirio de sus últimos momentos, se peleaban entre sí, buscando á rastras una salida. La locura causada por el ruido, por las llamas, por los derrumbamientos, por el dolor, por la sangre, por el temblor de la tierra, hacía que aún los que no temían la muerte, aún los que la deseaban, se revolvieran contra ella en los instantes supremos. Un bávaro rubio, según mi guía, agarró la pierna que una bomba acababa de arrancarle á uno de sus compañeros, y, blandiéndola cual una maza de armas, golpeaba con ella á los que se le ponían por delante. ¡Y los que, vivos, sanos, yacían sepultados

bajo los muertos!... ¡Y los que huían arrasando algún miembro que chorreaba sangre!... ¡Bíblico, ciertamente, bíblico de la biblia cruel del dios de Job y de Judith!...

La voz de nuestro guía, gentil y tranquilo, me saca del infierno de estas evocaciones.

—Ya ustedes ven—nos dice haciéndonos penetrar en las primeras casas de la aldea—que los alemanes se habían parapetado aquí de una manera formidable... Los correspondientes berlineses que visitaron el invierno pasado la posición declaraban, por haberlo oído decir así á sus defensores, que era imposible tomarla. Nosotros mismos, más de una vez, llegamos á temer que nuestros esfuerzos fueran siempre vanos... El 18 de Diciembre de 1914 en nuestro primer ataque, perdimos mucha gente, sin lograr siquiera acercarnos á las defensas avanzadas. El 27 del propio mes, ya mejor preparados, renovamos la tentativa y conseguimos tomar algunas de las trincheras de primera línea; pero nada más... Entonces nuestros jefes decidieron hacer una verdadera guerra de sitio, bombardeando sin tregua el pueblo, ejecutando ataques de sorpresa, minando el terreno en todos los contornos. Las casas desplomábanse, una tras otra, bajo nuestro fuego. ¿Qué importancia tenía aquello, puesto que el enemigo, como ustedes lo ven, había hecho una ciudad subterránea, con todo el «confort» que permite el arte de la guerra?... Por aquí... por aquí... No hay que temer que nos encontremos en un lugar sin salida... Todo tiene comunicaciones...

Detrás de un oficial, que lleva una lámpara en la mano, marchamos por un verdadero laberinto de sótanos. De una cueva húmeda y casi desnuda pasamos á una bodega amueblada con gusto, en cuyos muros se ven estampas de colores. A veces hay que subir... A veces hay que inclinarse... A veces hay que atravesar espacios estrechos á cielo abierto... La ciudad de topes continúa siempre...

Por todas partes había estufas y luz eléctrica... Nuestros señores enemigos se hallaban aquí como en su casa y estaban seguros de que nadie los sacaría de sus estancias... Habían alquilado hasta el fin de la guerra según ellos mismos lo aseguraban riendo. Pero en esto, el que ríe mejor es el último que ríe... Bajo las bóvedas de cemento, la risa del buen militar francés suena clara y ligera. Se ve que siente un sano orgullo al hacernos recorrer estos laberintos subterráneos. Uno de mis compañeros murmura: «Hay que conservar esto siempre así para que la posteridad lo conozca». Y es cierto que si Francia tiene deseos de hacer comprender á los historiadores futuros lo que es la guerra actual, ningún punto del frente puede servirle mejor que la aldea de Carency como ejemplo típico. Todo está previsto aquí para resistir á la intemperie, á las bombas, á los asaltos. Yo me figuro al general que ocupaba la mejor y la más segura de estas guaridas, cuando el 10 de Mayo comenzó el bombardeo.

Una vez fuera de las cuevas, nuestro guía trata de explicarnos la toma de esta ciudadela de topes, y lo primero que nos dice, viendo la niebla que nos rodea, es:

—No puede uno formarse una idea ahora, pues estábamos en Mayo...

¡Cuán diferente debe ser, en efecto, una carga entre las flores y un ataque bajo la fría lluvia del invierno!

Nuestro oficial ahora no nos habla sino de la sangre.

—Tres días—nos asegura—duró la batalla; pero el triunfo lo obtuvimos desde el 9, después de una pelea espantosa. Por la derecha y por la izquierda nuestras fuerzas, después del bombardeo, envolvieron la posición, mientras que nuestros cañones establecían, más allá de las últimas casas, un tiro de «barraque» para impedir que huyeran los enemigos aquí presentes y que de la retaguardia les enviaran refuerzos. Durante dos horas las ametralladoras, bien escondidas, nos impidieron avanzar. Los jefes, deseosos de economizar vidas, ejecutaban el ataque con gran prudencia, marchando al abrigo de los agujeros abiertos por los obuses. Sin embargo, detener el ímpetu de la tropa era difícil. A las siete de la noche llegamos, al fin, hasta las trincheras de primera línea, dispuestos á disputarlas á la bayoneta. ¡Cuál no fué nuestra sorpresa al ver que sus defensores levantaban las manos para rendirse! Más de mil hombres, con sus oficiales, tiraron sus armas. Un sargento gritó: «La culpa la tiene el general.» En aquel momento un coronel presentóse y entregó su espada. En cuanto al general había desaparecido desde el principio de la carga. Pero aquello no era todo. Los que se habían parapetado en las casas se defendían como demonios. Había que tomar las ruinas, una tras otra, á la bayoneta, marchando sobre los cadáveres... Hay soldados que salieron de Carency con las polainas enteramente mojadas en sangre... Bajo los pies se sentía el ruido de los charcos, en la obscuridad de los sótanos...

El oficial calla un momento y contempla la ruta que va hacia el Noroeste. Luego extiende el brazo, murmurando:

—Ablain Saint-Nazaire...

Y después de consultar su reloj, concluye:

—¿Quieren ustedes que huyamos por ahí, como los alemanes que pudieron escaparse de Carency el día de nuestro asalto?... Por ahí se fueron, en efecto, los que no se rindieron... ó murieron... Querían, sin duda, hacer una nueva ciudadela subterránea... Pero no les dimos tiempo... Apenas hay dos kilómetros...

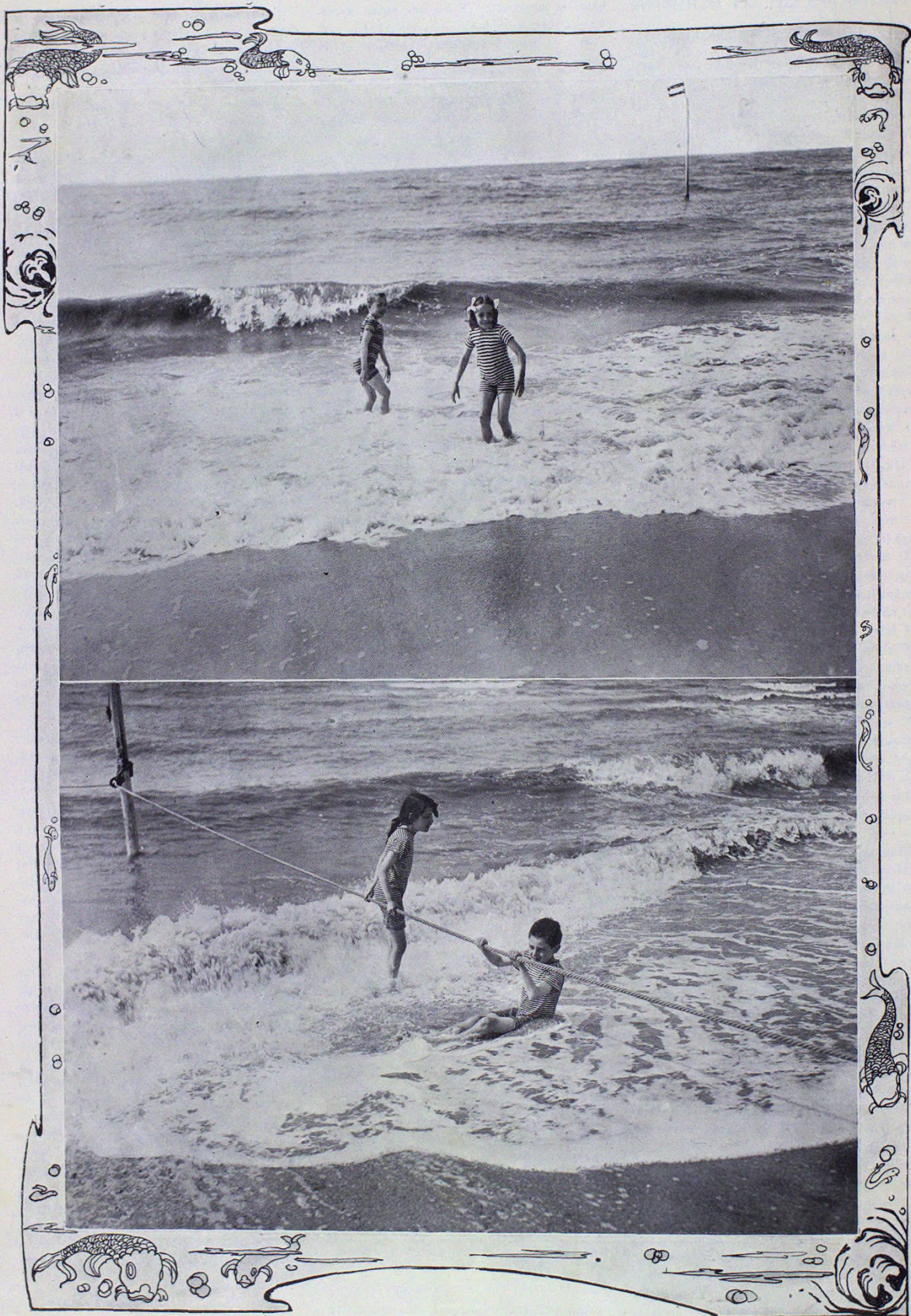
Por la carretera, llena de agujeros y de escombros, nos encaminamos hacia el pueblo vecino. Son las diez de la mañana, y la niebla envuelve el horizonte en un ligero velo gris. Nuestros pies se hunden en el lodo, y la lluvia fina y fría nos hiere el rostro. A lo lejos comienzan á estallar algunas granadas, iniciando la tempestad de hierro que ha de arreciar más tarde. Uno, recordando que es domingo y señalándonos la iglesia de Ablain, donde ya hemos llegado, exclama:

—Si van ustedes á misa, pídanle á Dios por el alma de nuestro cocinero...

Detrás de él, un «peludo», verdaderamente peludo, que lleva á cuestas una marmita y que debe ser el «cuistot», contéstale:

—«Va, donc; c'est toi qui a besoin de prières»...

E. GÓMEZ CARRILLO.



MAR DEL PLATA.—ESCENAS DE LA PLAYA

EL ZORRO PLATEADO

Eran ya cortos los días. Los árboles estaban desnudos de hojas. El otoño había perdido sus colores, dejando los pinos y los abetos envueltos en sombras. Los lobos lanzaban sus aullidos lastimeros en la tierra desnuda y los castores hacían las provisiones de invierno. Sebat, el cazador, reunió todas las pieles y utensilios que aún no había vendido, empaquetó algunas provisiones de boca, arrollándolo todo en dos camisas, ató el lio al extremo del hacha, se echó ésta al hombro, cogió la carabina y partió del «Fuerte del Cuerno» para «Lago Rojo», á través de la soledad del campo.

Cuía la noche y el viento soplabá inclemente en las altas ramas de los árboles.

—¡Ah!—murmuró el cazador entre dientes y echando á andar—. Este maldito factor Daniel quiere comprarlo todo por una miseria. ¡Pues ya verá él! Iré á vendérselo á Muecheeson en «Lago Rojo». Puede que éste sea más honrado.

Saltar las grandes troneras derribadas por el huracán, descender por los precipicios, subir á las cumbres, rodear los lagos, atravesar las charcas y los arroyos, eran cosas á que ya estaba acostumbrado el cazador. Siguió pues, su camino acelerando el paso.

Y el viento gemía sin cesar; el bosque estaba desierto, salvo algún conejo que huía al paso del enemigo, algún ciervo que escapaba rápido como el rayo, haciendo crujir las hojas secas bajo sus pies.

Acampó el cazador aquella noche en un puesto de la bahía de Hudson, en Lago Verde; pero no fué hasta allí porque sabía que en la factoría escaseaban los cazadores y le obligarían á quedarse.

—¡Vaya al diablo su compañía!—murmuró haciendo hervir el té en el fuego que había encendido.— Se hacen ricos á costa de los demás. Los indios apenas ganan con ellos para comer y se mueren. ¡Recontra, no matarán de hambre á Sebat!

Acabó de cenar. Empezaron á caer pequeños copos de nieve.

—Ya nieva. ¡Pronto viene el frío este año! Arrojé algunas ramas en el fuego para avivarlo y se echó junto á él.

No tardó en dormirse. La noche seguía siendo cada vez más fría, más triste. Cesó de nevar. El viento volvió á silbar en los abetos con agudos y prolongados lamentos.

Al despuntar el día se puso Sebat en pié, reanimó el fuego, preparó un almuerzo frugal, lo comió, y enseguida se echó el hatillo al hombro y emprendió la marcha.

Anduvo sin detenerse, y siempre alerta. Por la tarde, al pasar una charca se detuvo de pronto. Un olor penetrante llamó su atención.

—Un zorro plateado, quizás—exclamó.

Se agazapó tras un árbol que el huracán había derribado y que obstruía el camino. Se puso á mirar pacientemente la corteza del tronco.

—¡Ah!

Acababa de descubrir un pelo gris.

—¡Ah! ¡Ah!, zorro plateado, no hay duda—murmuró—. Esta buena pieza debe guarecerse cerca de aquí. Allá abajo, en aquel agu-

jero que hay en las rocas, seguramente. ¿No es cierto?

Se interrogaba y se contestaba alternativamente, á sí mismo.

—Sí, no hay duda, ya cogeré á este animal más tarde, cuando la nieve sea más honda.

Al anochecer llegó al puesto de la compañía del «Lago Rojo».

—Buenas, buenas tardes, Miguel—exclamó abriendo la puerta de una cabaña.

El interpelado levantó la cabeza lleno de asombro.

—Cómo, ¿eres tú, Sebat? Te creía allá abajo, en el «Cuerno».

—Sí, allí estaba; pero me carga aquel factor. Vengo aquí para cazar este invierno. Me hace falta mucho dinero para ir á ver á Anita y á los pequeños. ¡Por vida de...!

—se echó á reír con franca y alegre carcajada.—¡Dios!, compréndelo, hombre: son tres niños y tres niñas.

El otro rió también.

—Todo eso es posible si eres duro para el trabajo, compañero, hay que buscar y que encontrar... es duro de veras.

Miguel encendió su pipa y añadió:

—¿Quieres cenar?

—No, ya lo he hecho.

Hablaron un rato, pues eran antiguos amigos. Después, Sebat se dirigió al almacén.

—Buenas noches, señor Muecheeson.

El factor, sentado frente á un pupitre detrás del mostrador, inclinó la cabeza por todo saludo, y Sebat dirigió una mirada por la cabaña, bien pintada y confortable.

Un grupo de cazadores, uno ó dos canadienses y algunos indios, unos echados y otros en pie, hablaban en voz baja. La atmósfera era pesada por el humo de las pipas. Dos hachones alumbraban el cuadro con vagas claridades oscilantes.

Muecheeson miró al recién llegado.

—Y tú ¿qué quieres?

—He pensado cazar para usted este invierno.

—Todos los cazadores son aquí bien recibidos.—Y dirigiéndose á su dependiente exclamó, sonriendo:—Este año tendremos gran lote de pieles. Todos los cazadores acuden á nosotros. ¿Quieres provisiones?

—Sí.

Sebat se adelantó hasta el mostrador sobre el cual descargó un puñetazo que hizo crujir la madera.

—Sí, claro; quiero provisiones; pero á su precio, ¿estamos? Ojo conmigo. Sebat conoce los precios, sabe muy bien á como se pagan las pieles. Y se fué á dormir con su amigo.

Al rayar la aurora volvió al almacén, después de haber desayunado.

—Deme usted veinte libras de harina, tres de té, tres de cerdo y una de sal.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK

PURGATIVOS, DEPURATIVOS, ANTISEPTICOS

contra
el

ESTREÑIMIENTO

y sus
consecuencias

EN TODAS LAS FARMACIAS.

El dependiente pasó el género y apuntó la suma en su libro, exclamando en tono apático:

—Sebat, cuatro dollars y doce céntimos.

—¿Qué? ¿Cómo es eso?

El gigantesco cazador estuvo á punto de rechazar la compra; pero reflexionó, cargó con los paquetes y murmuró:

—Tú, ándate con cuidado conmigo. Yo no soy un indio para dejarme matar de hambre.

Después fué á despedirse de Miguel y emprendió la marcha hacia el sitio donde había visto el zorro plateado. Cada dos horas se detenía, dejaba la carga en el suelo y encendía la pipa.

Al día siguiente llegó al sitio donde quería acampar y se construyó un abrigo.

Las semanas siguientes las empleó en colocar los cepos y en recoger la caza capturada, que no fué nada abundante, pues estaba de mala suerte. Además le faltaron cartuchos y viveres. Volvió al puesto. Miguel había ya marchado de caza.

Llevó las pieles á la factoría.

—Dieciocho dollars—dijo á speramente Muecheeson, después de haberlas mirado á la ligera.

—No—exclamó Sebat furioso.—Cuarenta y cinco dollars.

El escocés se le quedó mirando con extrañeza.

—¿Está usted loco, buen hombre?—exclamó con sorna.

—¡Yo loco! No digo que no; pero no tendrá usted las pieles por menos de lo que le he dicho.

—Pues lléveselas usted y salga pronto de aquí. ¡Le digo á usted que se largue de aquí!

Muecheeson se quedó, para cobrarse el anticipo, con tres castores y una marta; lo mejor del lote.

—Esto por lo que le di al fiado.

—¡Vaya usted al diablo! Allá abajo dan...

—Me importa poco lo que den en otra parte. En mi casa se da lo que le he dicho, ¿sabe usted?

Sebat recogió las otras pieles y se marchó de allí.

Logró hacerse con un poco de harina y otras provisiones para pasar penosamente un par de semanas, y al día siguiente volvió á partir en busca del zorro plateado.

Era largo el camino, duro y penoso. El frío entumecía los miembros. Por toda la nieve se veían huellas que se extendían y se internaban hasta en lo más profundo de los bosques.

Paso tras paso llegó el cazador hasta la charca, á cuya orilla estableció su campamento. Comió frugalmente y se durmió con un sueño interrumpido con frecuencia por el ruido del viento. La luna iluminaba con su luz azulada y misteriosa la sábana de nieve, en la que se proyectaban las sombras negras de los árboles.

CASA MACKERN

Reconquista 449

Toma Suscripciones
a todas las Revistas mundiales

Novelas en general

Periódicos de la Guerra, 1914

Castellano, Inglés,
— Francés —**DE LO QUE HAY QUE EQUIPAR A LOS EJÉRCITOS**

El equipar y proveer a las fuerzas de mar y tierra representa una labor tan importante, que Inglaterra ha tenido que llamar de los campos de batalla a muchos de los combatientes para ocuparlos en las industrias que trabajan en el suministro de elementos de guerra, tanto para la destrucción de los soldados enemigos, como para proteger los propios soldados.

Y hay que advertir, en cuanto a la defensa, que no existe coraza de acero que preserve de los proyectiles que hagan blanco directamente, comprobando la experiencia de los teutones que las corazas más perjudican que defienden, porque la gran velocidad de los proyectiles de-

termina que éstos perforen la plancha, arrastrando pedazos de acero que hacen más graves las heridas. El peso y el espesor de una coraza que inmunizase de los disparos del manser son tales, que no sería portátil.

La práctica de la lucha actual, demuestra, sin embargo, que sólo un 10 por 100 de las bajas son producidas por disparo directo y la mayor parte de las heridas las producen proyectiles rebotados o balines de shrapnel, que tienen muy poca fuerza de penetración, comprobando la facilidad de resguardarse de ellos, el hecho, tan frecuentemente observado en los hospitales de sangre, de haber parado el golpe un devocionario, una medalla u otro objeto análogo, deduciéndose de aquí la conveniencia de dotar a los soldados de coseletes o petos.

En lo que se refiere al servicio de exploración y de comunicaciones, es ilimitado el campo que ofrecen a la industria militar. Aeroplanos, cristales prismáticos, periscopios, etc., han sustituido a los antiguos procedimientos en que la pericia y la intrepidez del soldado eran los factores principales.

La transmisión rápida de órdenes a una extensísima línea de combate exige en los cuarteles generales perfectísimas instalaciones telegráficas y telefónicas. Y es de señalar la poca utilidad de la Marconigrafía en campaña, a causa de la perturbación que los violentos cañoneos determinan en la atmósfera y que tiene por consecuencia hacer confusas las ondas hertzianas. Siendo, por tanto, indispensable el sistema de líneas eléctricas, calcúlese el material que exigen—alambre, aisladores, aparatos, etc.,—mucho más si se tiene en cuenta los riesgos a que están sometidas las líneas de esta índole, expuestas a los efectos de los disparos y a la mala intención de los espías.

¿Qué diremos del enorme consumo de gasolina que exige la guerra? Además del enorme número de aeroplanos que con belicosas comisiones surcan los aires, bastaría para hacer subir a una cifra fabulosa la esencia que hay que suministrar a un ejército, la diversidad de automóviles que requieren las operaciones militares: tractores, de transporte, cocinas, talleres, ambulancias, etc.

Otro de los aspectos de la guerra, que demanda una inmensa actividad fabril, es el que se refiere al material sanitario, no sólo para la asistencia de heridos, sino para combatir las enferme-

AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANOL 35 LRS
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CARBON GRANULADO

FRAUDIN

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO y del INTESTINO

DISPEPSIA, GASTRALGIA
FLATULENCIAS
DIGESTIONES DOLOROSAS
DIARREAS REBELDES

E. FRAUDIN
PARIS-Boulogne.

NO DEBE FALTAR EN NINGUN HOGAR



LA BEBIDA MAS HIGIENICA CONOCIDA

HOFFER & CIA. — BUENOS AIRES — ÚNICOS INTRODUCTORES

dades que producen las penalidades de la campaña, concepto que da el mayor contingente de bajas, acusando las estadísticas de los hospitales que en la guerra de Crimea, en los seis meses de lucha, la mortalidad de enfermos de los aliados subió a la cifra de 50.000, muriendo a consecuencia de heridas tan sólo 2.000 hombres. En la guerra turco-rusa murieron de enfermedad 80.000 soldados y 20.000 heridos.

Y refiriéndonos a este particular del servicio sanitario, hemos de decir que el antiguo tipo de camillas ha sido modificado con el objeto de poder penetrar en las trincheras, cuyas reducidas dimensiones dificultaban la maniobra de aquellas. Otro progreso en la asistencia de heridos, marcado por la actual contienda es el de las ambulancias-automóviles.

La fantasía se pierde pensando en el material de todas clases que requiere un servicio médico integrado por innumerables automóviles, trenes y barcos, con la fabulosa cantidad de material quirúrgico que hace falta para las curas de urgencia.

Para formarse idea de la magnitud a que han llegado en esta guerra los procedimientos de asistencia de heridos, ajuntámonos el caso del buque-hospital «Asturias», de la marina de guerra británica, antes comfortable trasatlántico perteneciente a la «Royal Mail Steamship Paquets C.^o», que transporta 1.000 heridos en cada viaje, cómodamente instalados y atendidos con toda solicitud. El «Asturias» lleva a su bordo doce médicos, auxiliados por un numeroso personal de enfermeras y ayudantes.

Claro es que los destrozos causados por los proyectiles, dan una enorme cifra de hombres inutilizados por pérdida de miembros importantes, que hay que sustituir por otros artificiales.

Línea Lamport & Holt

5252525252525

L & H

Vapores rápidos de pasajeros dotados con todas las comodidades más modernas, incluyendo Hall, Salones de Fumar, Social y para Niños, Lavadero, Café y Gimnasia.



5252525252525

NUEVA YORK
en 22 días

Telégrafo sin hilos, Peluquería, espaciosos y bien ventilados camarotes, como también camarotes especiales de Lujo, y Compartimientos con Baño Privado.

25252525252525

5252525252525

RÁPIDOS VAPORES CORREOS Y DE PASAJEROS PARA NUEVA YORK
Haciendo escalas en Santos, Río, Bahía, Trinidad y Barbados
Llevando pasajeros de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase

PRÓXIMAS SALIDAS

VERDI	Sale de Buenos Aires el	20 Enero
BYRON	Sale de Buenos Aires el	3 Febrero
VESTRIS	Sale de Buenos Aires el	17 "

BOADLE, WALLACE & Co. BmÉ. MITRE 478 Bs. AIRES

A. REAL DE AZUA, Montevideo.

A. P. FERGUSON, Rosario.



LAVALLE 729

INSTITUTO ORTOPEDICO

Medias elásticas - Corsets elásticos
Fajas para la obesidad y
para todas las afecciones abdominales,
renales, etc.

Las señoras y niñas son atendidas por
personas del mismo sexo

A LA PAZ

CASA ESPECIAL EN
LUTO Y MEDIO-LUTO

131 - SUIPACHA - 135

Unión Telefónica 2781, Libertad

J. COQUEUGNIOT

Surtido muy completo para la especialidad de la Casa a PRECIOS muy REDUCIDOS
CASAS DE COMPRAS EN PARÍS Y LONDRES

Grandes Talleres de Confecciones y Sombreros

A pedido se remiten muestras y se mandan empleados ó modistas competentes

BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Capital autorizado	\$ 125.000.000	—
emitido	\$ 50.000.000	—
de la Sección Hipotecaria	\$ 25.000.000	—
realizado	\$ 62.000.000	—
Fondo de Reserva	\$ 5.946.852	—

Casa matriz: La Plata — Casa Buenos Aires: San Martín 133-39 y BmÉ. Mitre 455

57 Sucursales en la Provincia de Buenos Aires

Agencias en la Capital Federal: N.º 1 calle Bernardo de Irigoyen 920; N.º 2 calle Santa Fe 1899, esquina Río Bamba; N.º 3 calle Cabildo 2091, Belgrano; N.º 4 Pueyrredón 181 (Once Septiembre).
Corresponsales en los demás pueblos de la Provincia y en los principales puntos del Interior de la República y Territorios Nacionales y en las más importantes plazas comerciales del exterior: en Europa, Estados Unidos de América, Méjico, Panamá, Cuba, Costa Rica, Guatemala, San Salvador, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay.
Tiene corresponsales y gira sobre todos los puntos de España y los de Francia y de Italia que tienen Oficina Postal.
El Banco se ocupa de toda clase de operaciones bancarias: descuentos, cauciones, recibo depósitos, abre cuentas corrientes, emite giros y cartas de crédito. Se encarga de cobranzas de documentos, cupones y cuotas de terrenos, de administraciones generales y de propiedades. Hace préstamos con garantías hipotecarias, con amortizaciones, en efectivo.

ABONA	Annual
Depósitos en cuenta corriente moneda legal y oro sellado ...	1 %
En Caja de Ahorros hasta 10.000 \$ y después de 60 días ...	4 "
Con libreta a 90 días renovables hasta 20.000 \$...	4 "
Depósitos a plazo fijo de 30 días ...	2 "
" " " 60 " ...	3 "
" " " 90 " ...	3 1/2 "
Mayor plazo ...	Convenc.

Por adelantos en cuenta corriente ...
Buenos Aires, Octubre de 1915. VIRGINIO MAPPEI, Gerente

CHOCOLATE

CON
LECHE

AGUILA

EL
PREFERIDO
DE LOS NIÑOS



CHOCOLAT

FONDANT

FRIANDISE

EL
GRAN BOMBON
DE MODA

Union Fire Insurance Society Limited

EDAD INGLESA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Fundada en 1797

Sucursal en la República Argentina: F. TROLLOPE, Gerente

El día 15 de Abril de 1915 las Oficinas de esta Sociedad han sido trasladadas de la calle
BARTOLOMÉ MITRE 556 á la calle
RECONQUISTA 46 - U. Telef. 485, Avenida

Magnesia Calcinada de Henry.

Para Carilalgia, Dolores de Cabeza, Gota, Bilia, Acidez del Estomago, tomese la

Libre de todo GUSTO, OLOR ó ASPEREZA al PALADAR

**Magnesia
Calcinada
de Henry.**

ADULTOS.—Un agente seguro para las constituciones mas delicadas.
CRÍATURAS.—Puede administrarse á criaturas de la más tierna edad. La adición de una pequeña cantidad de Magnesia previene á que la leche se vuelva ácida en el estómago.

CASA ESTABLECIDA EN 1772.

Precio: 2.25 Dollars m/n el Frasco.

se prepara con cuidado, escrupuloso y la mayor PUREZA QUÍMICA.

UNICOS FABRICANTES

THOMAS & WILLIAM HENRY

11, East Street, MANCHESTER.

Cada botella está provista con un Sello, llevando nuestro nombre, lo que constituye una garantía de su Pureza.

Magnesia Calcinada de Henry

puede obtenerse de los principales Droguistas del Reino Unido y del Extranjero.

**Magnesia
Calcinada
de Henry.**



SAPOLIO

Está expresamente fabricado para limpiar objetos de cocina, metales y madera pintada.

Unicos Importadores:

Jorge Bell é Hijos

649-Calle DEFENSA-649

BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

D^r FRANCISCO BEIRO

Abogado

Estudio: Talcahuano 287
Unión Telefónica 146 (Libertad)
Horas para consultas: 1.30 y 4.30 p. m.

DENTISTAS

D^r ALEJANDRO ZABOTINSKY

MÉDICO DENTISTA

Jefe de la Clínica Odontológica del Hospital Durand.

Consultas de 2 á 6 p. m.

U. T. 3190. Libertad. LIBERTAD 288

MARIO BAUCHIERO Corrientes 3451. — Enfermedades de la boca. Cirujía y Prótesis Dental. — Consultas de 10 á 12 a. m. y de 2 á 5 p. m. — Unión Telefónica 3501, Mitre.



J. BONANSEA Cirujano dentista de las Facultades de Medicina y de Buenos Aires. — MORENO 990.

D^r JOSÉ BLITZ Artes 358 (Carlos Pellegrini). — Clínica Dental. — Dentaduras completas para la masticación perfecta. Emplomaduras de todos los sistemas. — Inalterables. Extracciones absolutamente sin dolor. Dientes fijos sin paladar. Último sistema perfeccionado. Trabajos esmerados y garantidos al alcance de todos. Consultas: de 8 á 12 y de 1 á 6.

JUAN M. DOLESSE Paraná 50. — Dentista. — Horas de Consulta: de 9 á 11 a. m. y de 1 á 3 p. m.

D^r JOHN H. DROVER Av. de Mayo 1390 U. Telefónica 6927. Libertad.



MIGUEL ELKIN Chacabuco 409. — Cirujano Dentista. — Consultas: de 8 á 11 y de 2 á 5.

A. FERNANDEZ SANZ

SUCESOR

SEBASTIÁN LUNA

CIRUJANO DENTISTA

913-VICTORIA-913

U. T. 2275. Libertad. Cooperativa 1628. Central.

ALFREDO J. FRICK Belgrano 993, esquina Buenos Aires. — Cirujano dentista americano.

D^r RODOLFO E. KEMPTER Corrientes 787. — Cirujano dentista. — Consultas de 9 á 6. — U. T. 5707 (Avenida).

D^r CARLOS H. QUIRK Dentista de la Universidad de Harvard Boston (Estados Unidos). — Ha trasladado su consultorio á Esmeralda 517, esquina Lavalle. — Unión Telefónica 2097, Avenida.

LEONTINA NOËL Bernardo de Irigoyen 4245. — Cirujana Dentista. — Horas de Consulta de 9 á 11 a. m. y de 1 á 4 p. m.

JOSÉ JAIME O'FARRELL Lavalle 1206. — Cirujano dentista. — Unión Telefónica 3536 (Libertad).

JOSE IGNACIO O'FARRELL Viamonte 610. — Cirujano dentista. Unión Telefónica 3456, Avenida.

JUAN B. PATRONE Av. de Mayo 1270. — Dentista. — En Mar del Plata durante la temporada balnearia: Santiago del Estero 112.

M. J. SERRA DE OROFINO Chacabuco 158 (antes Perú 275). — Cirujana dentista. — Consultas: de 9 á 6. — Jueves: de 9 á 12.

ESCRIBANOS

JOSE BESTA

Maipú 462

MÉDICOS

D^r ENRIQUE M. ALLENDE Esmeralda 603. — Médico cirujano. — Mujeres y niños. — Consultas de 1 á 3 p. m. Unión Telefónica 425 (Once).

D^r ENRIQUE BORDOT Corrientes 1196. — Médico Jefe del Dispensario de Lactantes del Hospital San Roque. — Consultas: de 2 á 4. — U. Telef. 1085 (Libertad).

D^r J. B. BOZZONE C. Pellegrini 600. — De regreso de Europa. — Atención de enfermedades de la piel y venéreas. — Consultas de 9 á 11 a. m. y de 3 á 5 p. m. — Domicilio particular: Estados Unidos 548.

D^r RAMON CUCULLU Paraguay 3047. — Médico del Hospital de Niños. — Consultas: de 12 á 2. — U. T. 3713 (Juncal).

D^r ROGELIO C. FUMASOLI Bernardo de Irigoyen 193. — Médico del Hospital de Niños. — Atiende únicamente niños. — Consultas: de 1 1/2 á 3 1/2 p. m. — Unión Telefónica 584 (Libertad).

DOCTOR FOUTEL Especialista en las enfermedades del Estómago é Intestinos, de regreso de Europa donde ha seguido los cursos de la especialidad en el Hospital Saint Antoine de París. ha abierto su consultorio en la calle Rivadavia 1452. — U. T. 4728 (Libertad). — Horas de Consulta de 3 á 5 p. m.

D^r ANTONIO M. LUZURIAGA Corrientes 731. — Hospital Rivadavia. — Atiende con preferencia enfermedades de señoras. — Consultas: de 2 á 4. — Unión Telefónica 145 (Juncal).

D^r ADOLEO MARTINI Victoria 1012 (Plaza del Congreso). — De los Hospitales San Giovanni de Turin y Pambona de Génova. — Especialista en enfermedades de oído, nariz y garganta. (Hospital Italiano). — Consultas: Días hábiles de 2 á 5 p. m. — Días feriados de 9 á 11 a. m.

D^r MANUEL I. NELSON Sulpicia 427. — Farmacia. — Médico Químico. — Análisis químicos, bacteriológicos y esterilizaciones. — U. Telef. 618 (Libertad).

D^r ANTONINO DE NUCCI Chacabuco 1464. — Enfermedades internas y del estómago. — Rayos X — Radioscopia y radiografía. — Consultas: de 2 á 4 p. m. — Unión Telefónica 4767 (Juncal).

D^r MANUEL RICCI Maipú 288. — Oculista, Jefe del Hospital Alvear, oculista de los Hospitales San Roque y Patronato de la Infancia. — Consultas: de 2 á 5.

SANATORIO "CENTRAL" Belgrano 2015. — Médicos Directores. Doctores: Pedro B. Tiet y A. Eduardo Giria Corbelli. Clínica médica y cirugía general. Clínica oftalmológica: Director Dr. José Ravasio. Anexos de oído, nariz, garganta y vías urinarias. Rayos X. Electricidad Médica. — Unión Telefónica 3930 (Libertad).

D^r GENARO SISTO Talcahuano 1043. — Profesor sup. de Clínica Infantil de la Facultad. — De regreso de Europa ha reabierto su Consultorio. — Especialista en enfermedades de niños é internas. — Consultas: de 2 á 4 p. m. — Unión Telefónica 3983 (Juncal).

D^r WALLACE Maipú 288. — Médico consultor para enfermedades de las vías urinarias en el Hospital San Roque, á su regreso de Europa, reabrió su consultorio. — Especialista en enfermedades del riñón y vejiga. — Consultas: de 3 y media á 6. — U. T. 4572, Avenida.

CONSIGNATARIOS

BELTRAN SANSOT

Consignaciones de frutos, haciendas y cereales. Comisiones en general.

Buenos Aires: San Martín 233. U. T. 3400, Avenida Casilla 6. U. Telef. 65, Mataderos. Representación en Bahía Blanca.

VARIOS

TEOFILO DARTIGUES Florida 32. — Casa fundada en 1806. Representante de los relojes de precisión de Ulysse Nardin.

ALBERTO LAIR Esmeralda 517. — Composiciones de joyas, tallas, bronceos, bronceos, pulverizadores etc. Trabajos en metales. Se doró y plateó. — U. Telefónica 439, Avenida.